

EL GOLFO DE FONSECA COMO PUNTO GEOESTRATÉGICO EN CENTROAMÉRICA. ORIGEN HISTÓRICO Y EVOLUCIÓN DEL CONFLICTO TERRITORIAL: DEL SIGLO XVI AL XXI

Eduardo Cortés Ramírez*



Con la experiencia de estudio acerca de la geopolítica de los Estados del Caribe, Jazmín Benítez López aborda uno de los problemas actuales de la agenda internacional: la cuestión limítrofe entre los países ribereños de El Salvador, Honduras y Nicaragua, mismos que disputan el control jurisdiccional de la Bahía o Golfo de Fonseca, ubicada en el litoral Pacífico del istmo centroamericano. En esta obra podemos encontrar varios aportes, sobre todo los inscritos en el área de las relaciones internacionales, pero destaca el ensamble histórico de una zona que a lo largo del tiempo ha estado sometida al control foráneo. En algún momento del pasado, esta disputa se originó con la tentativa de construir un canal interoceánico que uniera al Atlántico y al Pacífico, misma que ocasionó desavenencias entre los Estados que comparten esa frontera marítima.

En años recientes se han presentado proyectos con fines comerciales provenientes del exterior, debido al reposicionamiento geoestratégico que tiene esta región en el panorama global. La autora parece advertir que las nuevas oleadas de expansión, que apuestan por invertir en el Golfo, desatarían un nuevo ciclo de inestabilidad diplomática entre los países ribereños, mientras no se llegue a nuevos acuerdos que superen los estipulados en la última resolución de la Corte Internacional de Justicia (CIJ) de la Haya, realizada en septiembre de 1992, justo el año en que el Golfo fue declarado como *bahía histórica*. En tal sentido, el objetivo de esta obra es hacer una revisión general del desarrollo del conflicto fronterizo, sin dejar de revisar las continuidades existentes a lo largo de casi cinco siglos, mediante la concate-

nación pausada de los acontecimientos más destacados que culminaron con la presente pugna tripartita por el control y uso del espacio marítimo del Golfo de Fonseca, vital para el desarrollo económico regional y de los Estados que comparten sus aguas.

Los estudios geopolíticos de frontera son un campo temático prioritario que despiertan un gran interés entre académicos de diferentes disciplinas, que van desde el Derecho internacional hasta la cartografía histórica. Sus logros pueden ayudar a plantear soluciones prácticas o brindar nuevos enfoques a problemas que están relacionados con los espacios en disputa. De ahí la importancia de analizar temas de actualidad de gran trascendencia como el que nos presenta el trabajo de Benítez López sobre esta subregión de Centroamérica, en los que la historia, como eje central del contenido del texto, tiene mucho que aportar.

En la condición actual de los ribereños que habitan el Golfo de Fonseca priva un clima de cooperación y voluntarismo, incluso se percibe una relativa estabilidad entre los respectivos gobiernos. Sin embargo, el pasado de los países centroamericanos ha estado marcado por guerras civiles y conflictos bélicos, donde el Golfo de Fonseca ha figurado ocasionalmente como escenario de enfrentamientos y un apetitoso espacio por controlar. Es innegable que los problemas sociales contemporáneos se explican por la pobreza, la violencia, e incluso por la inestabilidad política —como ocurre en la actualidad en Nicaragua— y que ello crea condiciones potenciales para alterar la cooperación y la búsqueda de soluciones conjuntas de manera que los recursos naturales y económicos del Golfo de Fonseca sean

* Doctorando en Historia, CIESAS Peninsular.

aprovechados bajo planes de desarrollo equitativo.

Si de cuestiones de frontera se trata, el istmo centroamericano ha tenido un largo registro de conflictos limítrofes desde la conformación de sus Estados-nación a partir de 1821. Cuando la primera delimitación quedó definida bajo el estatuto de *uti possidetis juri*, se les reconoció a los Estados nacientes la conservación de sus demarcaciones coloniales, mismas que mantuvieron durante los años de la guerra de independencia (Orozco, 2001:134).

Para tener una referencia más cercana, entre los siglos XIX y XX ha habido por lo menos seis episodios de conflicto que involucran a estas tres naciones. Algunos han sido por territorios de frontera terrestre, como es el caso especial de Honduras y Nicaragua por los límites marítimos en el litoral del Caribe, o la disputa entre El Salvador y Nicaragua, que no comparten frontera terrestre pero que centran sus diferencias en el lado del Pacífico, problema que concierne también a Honduras por no permitirle acceso directo al Océano (Orozco, 2001:135). En otros frentes, los tres países han tenido problemas de frontera con sus vecinos Guatemala y Costa Rica; mientras Colombia, que tiene la soberanía de la isla de San Andrés en el área caribeña, ha sostenido rencillas con Nicaragua en los últimos años, debido al nuevo fallo por parte del CIJ en 2012, en favor de Nicaragua. El reajuste permitió que Nicaragua modificara sus límites ganándole espacio marítimo a Colombia, provocando que surgiera una nueva frontera acuática entre Nicaragua y Panamá (Lutzky, 2018).

Parte de la permanente enemistad entre estos países del istmo ha sido por la influencia de potencias hegemónicas que desde el siglo XIX han buscado intervenir en los asuntos internos de los Estados centroamericanos, con el objetivo de controlar el paso transoceánico o sacar ventaja de los recursos, a través de concesiones a empresas transnacionales. Incluso existió el interés de establecer una base militar extranjera, propiamente de Estados Unidos.

Jazmín Benítez López destaca la importancia de esta zona geoestratégica, de las ventajas y repercusiones del expansionismo por parte de actores ajenos a la región, sobre todo en tiempos recientes, cuando la histórica potencia de Estados Unidos se ve amagada por la presencia económica y geopolítica de China, que ha comenzado a firmar tratados y a invertir en proyectos con países del istmo, como ha ocurrido recientemente con El Salvador (algo que fue visto con desagrado desde Washington).

El Golfo de Fonseca es una masa de agua de aproximadamente 586,03 millas náuticas. Alrededor existe un archipiélago conformado por 32 islas e islotes: 8 pertenecen a El Salvador, 24 a Honduras y tan sólo un conjunto rocoso reconocido como *Los Farallones* es propiedad de Nicaragua (pp. 21-22). Además, la bahía en su conjunto es una importante reserva de mangle donde habitan diferentes tipos de fauna, además de la riqueza en recursos marítimos que dan sustento a pescadores de los tres países.

Los problemas en el Golfo de Fonseca se remontan a la tercera década del siglo XVI, cuando las expediciones españolas provenientes de Panamá exploraban los litorales del istmo, en su afán de buscar un estrecho que uniera a los dos océanos. La razón era que tanto la Corona castellana como los grupos de comerciantes allegados a ésta deseaban encontrar un paso más apropiado para ir a Las Molucas, y así competir en la carrera comercial con el imperio vecino de Portugal.

Sería en el año de 1522 cuando el capitán Gil González Dávila, respaldado por las autoridades de la isla de Santo Domingo, se adentró en la región de Nicoya en Costa Rica para subir a Nicaragua, mientras su segundo, el piloto Andrés Niño, continuó con la flota por el Pacífico hasta el istmo de Tehuantepec. A su paso descubriría el Golfo de Fonseca, bautizándolo con ese nombre “en honor a fray Juan de Fonseca” (p. 32). De modo que la región de Nicaragua, El Salvador y Honduras sería disputada por las huestes de Pedro de Alvarado,

Hernán Cortés, Pedrarias Dávila y de la Audiencia de Santo Domingo, con su representante Gil González. A esos conquistadores se habrían de sumar los capitanes rebeldes Cristóbal de Olid y Francisco Hernández de Córdoba. Como resultado de esas luchas intestinas se reconfigurarían las primeras divisiones administrativas con fronteras difusas, con el reconocimiento como provincias en los primeros años de la colonia, permaneciendo así hasta la etapa de las Intendencias, en la segunda mitad del siglo XVIII.

En el siglo XIX, tras consumarse los procesos de independencia, los nacientes Estados centroamericanos quedaron prácticamente indefensos, a merced de las ambiciones de las potencias europeas y de la emergente nación estadounidense, que proclamaba la Doctrina Monroe (1823) para hacer frente a Inglaterra, Francia y España. Para la década de los cuarenta del siglo XIX, cuando Texas se había descolonizado, se renovarían los embates expansionistas por parte de Estados Unidos, pero esta vez su objetivo era llegar a las costas del Pacífico, y para ello se enfrascó en una guerra contra México, de la que ya conocemos las consecuencias con el Tratado de Guadalupe-Hidalgo. Para 1850 comienza la etapa que Benítez López destaca como la *Fiebre del oro*, y centenares de anglosajones intentan llegar hasta las lejanas tierras californianas. Un modo de alcanzar tan anhelado destino era contar con un paso interoceánico por el Istmo centroamericano. Mientras tanto, los ingleses, que tenían presencia en Honduras Británica (Belice) y en el protectorado de la Mosquitia, utilizaron como recurso el endeudamiento para someter a los países de la región y competir por el control de la zona con Estados Unidos. A partir de este momento, Inglaterra y Estados Unidos iniciaron una serie de presiones diplomáticas y coercitivas, como bloqueos y ocupación de territorio, en contra de Honduras, El Salvador y Nicaragua. La disputa culminó con la firma del Tratado Clayton-Bulwer en abril de 1850, en el que Inglaterra y Estados Unidos, sin negociar con ningún Estado centroamericano, acordaron controlar cualquier pro-

yecto sobre las rutas transoceánicas (pp. 65-66).

A mediados del siglo XIX, las relaciones entre El Salvador y Honduras eran muy ríspidas por los planes de vender la isla Tigre en el Golfo de Fonseca, para completar el proyecto ferroviario de la ruta interoceánica que atravesaba Honduras; mientras tanto, en Nicaragua se disputaba una guerra civil entre un bando liberal que deseaba derrocar al gobierno conservador de Fruto Chamorro. En tal caos político, entró en escena el filibustero William Walker, cuya irrupción en Nicaragua provocó la unión de todas las fuerzas de Centroamérica para luchar contra él. Benítez López nos recuerda que, tras la culminación de la *Guerra Nacional* contra Walker en 1854, los tres países iniciarían una fase de tensión por los límites del Golfo de Fonseca (pp. 90, 288).

Para finales del siglo XIX y principios del XX, Honduras y Nicaragua entraron en una nueva fase de negociaciones, para delimitar sus fronteras terrestres. Una comisión mixta se encargó de reconocer los perímetros que le correspondía a cada país en el Golfo de Fonseca. En lo que respecta a los límites marítimos en el Golfo entre El Salvador y Honduras, la situación fue un tanto más complicada; las diferencias se generaron desde la firma del Tratado Cruz-Letona de 1884, que el gobierno de Honduras no reconoció por estar en desacuerdo en el reordenamiento de los límites terrestres. Estas diferencias permanecieron latentes hasta agudizarse, ya en el siglo XX, con la llamada *Guerra de las Cien Horas* en 1969 (p. 206). La negociación se cerraría hasta el año de 1980 con el acuerdo de un nuevo tratado y la integración de una comisión mixta conformada por representantes de otros países, para resolver los bordes donde todavía había disputa.

El trabajo de Jazmín Benítez López es valioso porque expone el panorama geopolítico e histórico centroamericano de forma integral, analizando los recurrentes desencuentros diplomáticos por el Golfo de Fonseca durante los últimos 200 años. Para Manuel Orozco, los

países del Istmo “han tenido escasa capacidad para delimitar esas fronteras o para mantener su jurisdicción. Ha habido considerable inestabilidad fronteriza relacionada con la capacidad de administrar” (Orozco, 2001:149), y ello por una razón muy sencilla –indica el autor: siguen sin marcarlas. La respuesta podría estar en los viejos documentos que datan de antes de 1821, o los tratados que se han pactado en varias ocasiones, donde cada nación ve de distinta forma el mismo mapa. Con todo, parece que se trata de una falta de comprensión de la geografía natural. Porque el Golfo de Fonseca, considerado una *babía histórica*, con el paso del tiempo se ha conformado como un espacio de mancomunidad. Quizá –es un decir– la opinión de los que habitan en ella podría ayudar a resolver el problema.

Por otro lado, considero que el empleo diversificado de fuentes contribuye a reflejar y explicar en cada uno de los cuatro capítulos, ordenados diacrónicamente, el origen y el curso que ha tomado el conflicto. Las referencias sobre algunos documentos de carácter diplomático han resultado de enorme valor para explicar las diferentes coyunturas, que incluyen tratados o intentos de negociaciones que quedaron como meros ensayos de acuerdos. Por citar uno, nos llamó la atención la llamada *Carta Esférica*, elaborada por el español Salvador Menéndez Bruna en 1796, a petición del virrey de Nueva España –según Benítez López. Dicha *Carta Esférica* representó el documento base para realizar estudios cartográficos posteriores (pp. 41-42). Debe reconocerse que, aunque la obra que nos ocupa cuenta con pocos mapas, éstos cumplen con la función de describir y transmitir al lector las características del espacio estudiado. Queda la impresión de que se pudieron haber incluido mapas actualizados, más claros, con los actuales recursos de información con que se cuenta, aunque reconocemos que la recopilación cartográfica es afín a la historiografía revisada.

Quienes hemos tenido el interés en problemas históricos contemporáneos, o inscritos en la

fase colonial, y no estamos tan familiarizados con la historia de Centroamérica –más propiamente con la etapa de formación de sus Estados-nación–, *El Golfo de Fonseca...* de Jazmín Benítez López nos será muy útil para comprender la genealogía de los conflictos fronterizos. Finalmente, retomamos la propuesta de la autora, en el sentido de que se presente un arbitraje externo a la región, que esté habilitado para gestionar, vigilar y proponer una sana relación entre los países ribereños. Debiera ser un acto conjunto, una unión de voluntades que, de concretarse, traería sólidos beneficios para mejorar las condiciones de la región. Con todo, el panorama no se ve fácil en el corto plazo debido a los intereses de cada país y a la presión de las potencias que los “respaldan”. Por ello, tal vez una de las mayores virtudes de esta obra radique en que invita a conocer mejor el pasado de estos países en tensión fronteriza, una región agitada que, por cierto, aún tienen varios capítulos por escribir.

Bibliografía

LUTZKY, Leandro (2018), “San Andrés: la hermosa isla que está más cerca de Nicaragua, pero pertenece a Colombia”, en *RT News*, 26 de abril. Dirección URL: <<https://actualidad.rt.com/actualidad/269630-san-andres-hermosa-isla-colombia-nicaragua>>.

OROZCO, Manuel (2001), “Conflictos fronterizos en América Central: tendencias pasadas y sucesos actuales”, Documento presentado en el Seminario Internacional *Conflictos Fronterizos en América Latina*, 26 de febrero, Inter-American Dialogue, Washington, D. C.

Jazmín Benítez López, *El Golfo de Fonseca como punto geoestratégico en Centroamérica. Origen histórico y evolución del conflicto territorial: del siglo XVI al XXI*, México, Universidad de Quintana Roo, Colección Pública-Histórica, núm. 4, 2018.